

gular, y se perdían las costumbres militares, no asalariándose más de quinientos hombres, la mayor parte Suizos. Esta fue, no obstante, la época, por decirlo así, en que se renovó la ciudad de Roma. Los prolongados desastres de los primeros tiempos de la invasión, la barbarie, las guerras intestinas, y tal vez más que todo la viudez en que quedó por la traslación de la silla pontificia á Aviñón, la habían dejado desierta. Cuando los papas volvieron (1377), solo estaba poblada de vaqueros que habían bajado de las colinas inhospitalarias á las llanuras que se extienden á lo largo del Tíber, y allí se habían anidado en miserables casitas que formaban calles angostas, fangosas y oscurecidas por los terrados y los arcos que atravesando la calle comunicaban unas cosas con otras. Los edificios antiguos estaban arruinados; pacían las cabras en el Capitolio; las terneras andaban errantes por el Foro romano (1); y desde San Silvestre á la puerta de los Álamos (del Pópolo) solo se veían huertos y pantanos adonde se iban á cazar gansos silvestres. Nicolás V fué el primero que mandó adornar la ciudad de Roma con edificios que estuviesen en armonía con su antigua y nueva majestad; y le secundaron sus sucesores, especialmente Julio II y los Médicis. Nuevas construcciones poblaron las dos riberas del Tíber, que Sixto IV había reunido por el puente que tiene su nombre; Julio II, sin hacer mención de las maravillas del Vaticano y de la cancillería, puede decirse que reconstruyó la baja ciudad y la calle Julia, paralela á la de Lungara; los cardenales y príncipes construían palacios á porfía; y los de Riario, Chigi, Farnesio y Orsini rivalizaron en belleza con las antiguas construcciones, y las sobrepujaron en comodidad (2).

El saqueo de Roma y la peste la despoblaron de nuevo; pero en el pontificado de Pío IV se volvió á reedificar y se elevaron palacios sobre colinas abandonadas. El Capitolio antiguo fué olvidado por el nuevo, donde se levantó el majestuoso palacio de los conservadores, obra de Miguel Ángel, el cual también construía á Santa María de los Angeles en el Viminal, adaptándolo á los admirables restos de las Thermas de Diocleciano; sobre el Quirinal se abría la puerta Pia, y las nuevas basílicas nada tenían que envidiar á las antiguas.

Pero ¿podían las colinas repoblarse, mientras les faltase el agua? Sixto V, con una empresa digna de los antiguos señores del mundo, llevó á la ciudad por un acueducto de ventidos millas el *Acqua Felice* que, como dice Tasso, saliendo de la oscuridad de un largo sendero, saltaba bulliciosa, para contemplar á Roma, cual Augusto la vió. Hizo allanar el terreno que se extendía junto á la Trinidad de los Montes, y

(1) De aquí proceden los nombres de Monte Caprino, Foro Boario y Campo Vacino, que todavía conservan.  
(2) *Oposculum de mirabilibus novae et veteris urbis Romae, editum a FRANCISCO ALBERTINO, 1515.*

preparar la escalera que unió aquella altura á la plaza de España, y abrió la *Via Felice* y otras calles que se dirigen á Santa María la Mayor. Pero inteligente en la hermoñura clásica y en la profanidad de las construcciones étnicas, no tuvo escrúpulo en destruir el Septizonio de Severo para trasladar sus columnas á San Pedro; pensaba demoler el sepulcro de Cecilia Metella y otros, que no le parecían más que deformes obstáculos; destruyó el patriarqueo papal, monumento venerable por su antigüedad y por sus formas propias, para sustituirle el palacio de Letran, obra sin carácter; sufría con disgusto el Laoconte y el Apolo en el Vaticano; permitió una Minerva en el Capitolio, pero cambiándole la lanza por una cruz; quitó su carácter profano á las columnas Trajana y Antonina, colocando sobre ellas las estatuas de San Pedro y San Pablo para que pareciese que desde aquella eminencia velaban sobre la ciudad; cuando elevó el obelisco egipcio en el Vaticano, hizo incrustar en él un pedazo de la verdadera cruz, para que los monumentos de la impiedad estuviesen sometidos al símbolo de la fe en los parajes en que tantos habían parecido por ella; se erigieron entonces los otros obeliscos de Letran, Santa María la Mayor y plaza del Pópolo; se colocó la cúpula de San Pedro, y se pusieron enfrente del Quirinal dos colosos que ostentaban los nombres de Fídias y Praxitéles. Sixto aumentó la Biblioteca Vaticana, las imprentas griega y oriental, y construyó á orillas del Tíber un gran hospital para dos mil pobres.

La población, que en tiempo de Pío IV apenas ascendía á cuarenta y cinco mil almas, llegó bajo su pontificado á cien mil, gentes de todas naciones, cuyos diferentes trajes presentaban una vista extraña, y que se dedicaban á servir á varios cardenales con la esperanza de que su patrono llegase al principado. Los favoritos y parientes de cada papa formaban una nobleza nueva y nuevas fortunas. En otro tiempo los nobles se agregaban á las familias de los Colonnas y de los Orsini que capitaneaban las dos facciones hostiles; pero Sixto creó los *principes del solio*, con derecho de estar al lado del trono del papa cuando tenía capilla, y lo confirió á las antedichas casas; de donde resultó que las demas por envidia ó por reconocer su inferioridad se separaron de ellas.

Firme en las doctrinas del poder espiritual y de la derivación del poder regio del pueblo y de la Iglesia, procuraba unir los Estados católicos de Alemania al emperador y al rey de España para el triunfo de la ortodoxia; pero vió sucumbir á la Liga en Francia, y excomulgó á Enrique IV, aunque lo estimaba. Habiendo conocido el peligro que había de que España prevaleciese, se inclinó á la Francia, y de este modo sabía hacerse respetar y temer de los gabinetes europeos. Fué el último papa que tuvo gran parte en las vicisitudes públicas.

Cuatro papas se sucedieron en diez y seis meses. Después de Urbano VII (Juan Bautista

1592.  
Clemente VIII.

Paulo V 1605.

Bula in cena Domini.

Castagna) ascendió al solio pontificio Gregorio XIV (Nicolás Sfrondati), que empleó contra Enrique IV los tesoros acumulados por Sixto, y devolvió el derecho de asilo á las Iglesias y conventos: siguióle Inocencio IX (Juan Antonio Facchinetti), después Clemente VIII (Hipólito Aldobrandini), el cual sostuvo el equilibrio entre la Francia y España, y las condujo á la paz. Pareciéndole embarazosas y dilatorias las consultas, todo lo hacía por sí mismo, sirviéndose solamente de los demas para publicar lo que había deliberado: estableció también impuestos sin oír á los contribuyentes, y sometió los barones á la justicia. Cuando declinaba su edad, se dejó dirigir por su sobrino el cardenal Aldobrandini, y en su consecuencia preponderó la Francia. Enrique IV fué absuelto de la excomunión, y España ya no pudo continuar siendo árbitra de las decisiones pontificias.

Leon XI, de la familia de los Médicis, pariente de la casa real de Francia, á los pocos días de ocupar el trono, lo dejó á su sucesor Paulo V (Camilo Borghese), que fué contrario al partido francés. Era estudiosísimo, llegó á la tiara legalmente; comprendió su dignidad, y se propuso realzar la autoridad moral del Catolicismo. Canonizó á San Carlos, aprobó las órdenes del Carmelo y San Lázaro, quiso que en todas las mendicantes se enseñase el latín, griego y hebreo para poder hacer frente á las universidades de Alemania, y exigió rigurosamente la residencia de los cardenales. Era tan legal que pretendía restablecer todos los derechos de la Santa Sede, cual resultaban de las decretales, y dió la última mano á la bula *In cena Domini*, que suele citarse como el colmo de la arrogancia papal. Suprimió las cosas de poca importancia que en ella se contenían, la despojó de las frases que no estaban en armonía con aquel tiempo, y en venticuatro párrafos excomulgó á los herejes cualquiera que fuese su dominación, al que los defendiese, leyese sus libros, los tuviese, imprimiese ó difundiese; al que apelase del papa al concilio, ó de las órdenes del pontífice y sus comisarios á los tribunales legos; á los piratas y corsarios del Mediterráneo, y á los que despojasen las naves cristianas que hubiesen naufragado; al que impusiese nuevos tributos á sus pueblos ó recargase los antiguos; al que diese á los Turcos consejos ó municiones de guerra; al que hiciese leyes contra la libertad eclesiástica, perturbase á los obispos en el ejercicio de su jurisdicción ó se apoderase de los ingresos de la Iglesia, y al que citase á los eclesiásticos ante tribunales legos, impusiese contribuciones al clero, ocupase ó inquietase el territorio de la Iglesia, comprendiendo en él la Sicilia, Córcega y Cerdeña.

Todos los obispos debían leer esta bula á su grey una vez al año; pero cuanto más exigía el papa, tanto menos dispuestas á conceder se hallaban las potencias italianas. En Nápoles fué condenado á galeras un librero que había publicado la obra de Baronio contra la monar-

quía siciliana; en Luca no se admitían los decretos de los funcionarios del papa sin la aprobación del magistrado; en Saboya se conferían los beneficios reservados á la Santa Sede; en Génova se prohibieron las juntas de los Jesuitas, como causa de manejos para las elecciones, y Venecia entregó á los tribunales civiles algunos sacerdotes delincuentes. Paulo V envió monitorias y fulminó excomuniones; pero encontrándose contrareestado más enérgicamente de lo que esperaba, las moderó cautamente. Se mostró también esplendísimo en las artes, y favoreció mucho á sus sobrinos.

Su partido le eligió por sucesor á Gregorio XV (Alejandro Ludovisi), que débil, inepto y sin cuidarse más que de las letras y la religión, dejó las riendas del gobierno en manos de su sobrino Luis Ludovisi, amigo del dinero, de los placeres y del fausto, habilísimo en la dirección de los negocios, y en salvarse de las tempestades. Entonces se canonizó á Ignacio de Loyola y á Francisco Javier; y fray Jerónimo de Narni, predicador insigne, dió impulso á la congregación de *propaganda fide*, á la cual contribuyó Luis con su propio peculio.

Este breve pontificado es memorable por la bula con que se trataron de remediar los abusos del cónclave. Se conocían tres clases de elecciones: por escrutinio, en el cual era necesario que estuviesen acordes dos terceras partes de los cardenales; por compromiso, cuando facultaban á uno para el nombramiento; y por inspiración, cuando se proclamaba á uno unánimemente por inspiración divina. Pero allí presidían demasiado las intrigas, y los imperiales y España pretendían dar leyes al cónclave, con lo cual se prolongaban las vacantes; y durante ellas, las bandas de Piccolomini y de Sciarra se reunían de nuevo. En su consecuencia se estableció que los cardenales elegidos por el difunto se uniesen al rededor del cardenal, sobrino de este, para elegir uno entre ellos; pero como casi nunca lo conseguían, se convertían en oposición, y ordinariamente nombraban el papa en la elección sucesiva.

Mateo Barberini, de una familia florentina, se enriqueció en Ancona con el comercio, y sucedió á Gregorio con el nombre de Urbano VIII. Clemente VIII leía las obras de San Bernardo; Paulo V las de Giustiniani de Venecia, y Urbano, á quien gustaban los poemas modernos, componía versos, llamaba á Roma á Leon Alaci, á Lucas Holstein y á Abraham Echellense, y á lo más escogido de los Italianos. Prohibió á los eclesiásticos todo tráfico y ocupación secular, y publicó mejorado el breviario romano, cuyos himnos él mismo corrigió. Cuando los títulos adquirían la importancia que habían perdido por las circunstancias, confirió el de *eminencia* á los cardenales, que hasta entonces solo habían tenido el de *monseñores reverendísimos*. Considerándose cual príncipe temporal, proyectaba fortificaciones, y cuando le enseñaban los monumentos de mármol contruidos

Gregorio XV. 1621.

Urbano VIII. 1625.

por sus predecesores, decía: « Yo los haré de hierro. » Con el Fuerte Urbano cerró las fronteras de Bolonia; fortificó á Roma, rodeando de murallas el palacio de Monte Cavallo, sin respetar las antigüedades del jardín Colonna; estableció en Tivoli fábricas de armas, arsenales y soldados; hizo puerto franco á Civitavecchia, de modo que los Berberiscos vendían allí el botín cogido á los Cristianos. Rodeado de gran esplendor, elogiado como poeta, y disfrutando de una salud atlética, creía firmemente en su importancia personal y obraba como autoridad absoluta, diciendo: « Entiendo los negocios mejor que todos los cardenales unidos. » Si se le hacía alguna objeción fundada en las antiguas constituciones papales, contestaba: « La decisión de un papa vivo vale mas que la de cien papas muertos. » ¿Se quería que adoptase una idea? Era preciso presentarle la contraria. Por toda Europa era designado árbitro, misión sublime si hubiese sabido sostenerla dignamente; pero charlaba con los embajadores, declamaba, y jamas podían llegar al objeto, siendo el sí ó el no resultados del capricho mas bien que de la reflexión.

Ferrara.  
1559.

En el tiempo de estos pontífices Ferrara y Urbino se unieron al territorio papal. Ferrara bajo Alfonso II, último de los Estenses (1559-97), no era feliz, y Montaigne que en aquel tiempo viajó por Italia, la encontró despoblada; el Po en Primaro y Volano estaba obstruido por las arenas, porque el duque ocupaba en sus propios terrenos á los jornaleros destinados á reparar los diques y regular las aguas; gravaba á sus súbditos con gabelas impuestas sobre toda clase de objetos; hacía el monopolio de la sal, aceite, harina y pan; y prohibió la caza, excepto algunos días que la permitía á los nobles con tres perros cuando mas, mandando que fuese ahorcado el que violase estos bandos. Solo la corte se hallaba en un estado floreciente, procediendo con una política que la hizo sostenerse mientras caían los demas principados, y favoreciendo á los literatos, con lo cual asociaba sus propios elogios á la inmortalidad de aquellos. Juan Bautista Pigna y Montecatini, profesores de la universidad, llegaron á ser sucesivamente primeros ministros, sin interrumpir sus estudios ni sus lecciones; Bautista Guarini fué enviado embajador á Venecia y Polonia, y se prodigaron las mayores consideraciones á Francisco Patrizj. Se abrieron discusiones académicas y teatros, donde se inventó ó perfeccionó la poesía pastoril; y suntuosas fiestas, representaciones y torneos, hasta de cien caballeros, proporcionaban ocasion de reunir extranjeros y ostentar la cortesanía del príncipe y de las damas cantadas por el Tasso. Pero la protección que Alfonso dispensaba á las letras era orgullosa é intolerante: quitó á Tasso el favor que le dispensaba y su libertad, solo porque manifestó su intención de oír á los Médicis que le llamaban á Florencia; y el ilustre predicador Panigarola, atraído con gran trabajo

á Ferrara, fué violentamente desterrado, apenas habló de trasladarse á otra parte.

No teniendo hijos Alfonso, estudiaba los medios de evitar que sus súbditos cayesen bajo el dominio extranjero, y á pesar del estatuto de Pio V, que prohibía poner en feudo los Estados que debían recaer en la Santa Sede, obtuvo del emperador que los suyos pasasen á su sobrino César, el cual fué revestido del manto ducal, celebrándose este acto con fiestas, tanto mayores cuanto mas se habia temido perder la independencia. Clemente VIII interpuso sus derechos y los sostuvo con las armas y con excomuniones, por cuya causa César tuvo que renunciar á Ferrara y á Comacchio, y se retiró á Módena, donde comenzó la línea ducal que subsistió hasta el año 1797. El papa, por medio de favores, se concilió la nueva adquisición, reintegró los privilegios municipales, formando un consejo de veintisiete miembros de la alta nobleza, cincuenta de los otros nobles y ciudadanos notables, y diez y ocho de las corporaciones; pero los naturales sintieron, como acontece, haber caído bajo una dominación que habian aborrecido cuando estaba floreciente, y Ferrara quedó despoblada.

Federico III de Montefeltro, conde de Urbino, vivía en continuas guerras asalariado por otros; invirtió 200,000 ducados en la construcción del castillo de Urbino, uno de los mas hermosos de Italia, poniendo en él obras maestras del arte y excelentes libros, y obtuvo el título de duque. Guidubaldo I, guerrero que tambien sirvió á sueldo á los papas, desposeído por César Borgia, volvió á la caída de este. Julio II lo colmó de beneficios, y le indujo á que instituyese por su heredero á Francisco María de la Rovere, sobrino de ambos, el cual le sucedió, y ayudó al papa como capitán general de la Iglesia. Leon X se dedicó á humillarle para ensalzar su casa, y habiéndole excomulgado, le arrebató su ducado, confiriéndolo á Lorenzo de Médicis; pero bajo el pontificado de Adriano VI, volvió Francisco, y fué considerado entre los grandes capitanes, como tambien Guidubaldo II.

El ducado de Urbino comprendía siete ciudades y cerca de trescientas aldeas, con una costa marítima muy fértil y deliciosas montañas; y podia contar con unos 100,000 escudos de ingresos cuando prosperaba el comercio de cereales en Sinigaglia. Los príncipes, que eran fastuosos y literatos, servían á sueldo en el extranjero; de modo que reportando al país mas ganancia que lo que costaba su manutención, y no tratando de extender su poder en detrimento de los estatutos, eran bien vistos por los naturales. Francisco María II, hijo de Guidubaldo, vivió mucho tiempo en la corte de Felipe II, y se vió obligado á casarse contra su voluntad con Lucrecia de Este. Siendo él guerrero y ella discreta y cortés, él de veinticinco años, ella de cuarenta, resultaron discordias entre ellos y al fin una separación. Muerta Lucrecia, contrajo segundo matrimonio del cual tuvo un heredero

que el pueblo recibió regocijado. El padre le cedió la dominación, pero este jóven abusó de ella; y engreído con el poder, representaba en el teatro, se embriagaba, y una mañana se le encontró muerto. Esto obligó á Francisco María á tomar de nuevo un gobierno que no quería, y tuvo el disgusto de ver disputada su herencia entre el papa en quien recaía, y el emperador que alegaba sus pretensiones; viéndose al fin precisado á dar pasos repugnantes á su voluntad. Apenas cerró los ojos, sus bienes alodiales pasaron á la ciudad de Florencia, y el resto fué confiscado por Urbano VIII, á pesar de sus propios sobrinos que deseaban obtenerlo.

Estos, dirigiendo á Urbano á su capricho, se adquirieron el odio popular. Ambicionaban los ducados de Castro y Ronciglione, feudos pontificios que se extendían hasta las puertas de Roma y pertenecían á los duques de Parma, que habian dado su administración á un monte, erigido por ellos en Roma para la extinción de sus deudas. Odoardo Farnesio resistió á las instancias de los Barberini, y se concilió el afecto del papa, elogiándolo como poeta; pero de improviso un día se le presentó armado á quejarse de los excesos de sus sobrinos, que hasta habian atentado contra su vida; y desde aquel punto los Barberini solo trataron de arruinarlo, con providencias prohibitivas, con instigar á sus acreedores, y al fin haciéndole guerra con armas y monitorias, seguidas de excomuniones y confiscación de bienes. Venecia, Toscana y Módena vieron inminente una guerra itálica, y se armaron para defender á Farnesio, el cual mientras las tropas del papa inundaban sus Estados, marchó sobre Roma. El papa, que nada sabía, quedó asustado. Se interpusieron los embajadores extranjeros, y á pesar de las intrigas de los Barberini, la paz se firmó en Venecia, volviendo las cosas á su primitivo estado; excepto que el papa y Parma habian arruinado sus caudales, y tal vez esto y los lamentos del pueblo abreviaron la vida de Urbano.

Cierto que estos son intereses muy diferentes de aquellos en que vemos ocupados á los papas en los siglos de la edad média, cuando llamaban al mundo á la civilización evangélica, y defendían las libertades del hombre contra los abusos de toda clase de tiranos, descuidando el reino de la tierra para asegurar el de los cielos, es decir, la verdad, la moral y la justicia.

## CAPÍTULO XXIX

Escandinavia.

Continuaba la union de Calmar (1), y en el reino unido de Dinamarca, Noruega y Suecia, Juan tuvo por sucesor á Cristiano II en 1513. Dotado este de un carácter fogoso é inflexible, sus maestros le educaron entre gentes vulgares,

(1) Tomo IV, pág. 525 y 526.

para inspirarle ideas de igualdad; de modo que se acostumbró á las tabernas y otros lugares perniciosos, al paso que sus pedantes directores se obstinaron en que aprendiese el latin inspirándole con ello aversión á todo estudio. Ocupado despues en sofocar las rebeliones contra su padre, se habituó á una severidad sanguinaria; de suerte que existió en la memoria de los Escandinavos como un monstruo, cuyos delitos se exageraban, cual acontece á los representantes de un partido que sucumbe.

Trabó relaciones con la hermosísima Dyveke, cuya madre Sigbrit Willins, frutera de Amsterdam, era de un ingenio superior á su baja condición y á sus costumbres. Esta mujer, de las crónicas de los charlatanes, barberos y aventureros que frecuentaban la posada que abrió en Bergen, tejía relaciones relativas á los casos que ocurrían en la ciudad y en las familias, de cuyas relaciones estaba tan entusiasmado el príncipe como de la hermosura de la hija de la posadera. Además, estaba enterada de las instituciones de los Países Bajos y de su comercio, y sabía discutir sobre política con una seguridad y buen criterio, que formaban un extraño contraste con la ignorante é importuna presunción de los pedantes. ¿Qué extraño es que Cristiano se entregara enteramente á estas dos mujeres? Ni el trono, ni el matrimonio, ni la muerte de Dyveke disminuyeron el poder de la Sigbrit, que supo inspirarle sus bajas pasiones, la envidia contra el clero y los nobles, y los celos contra los Anseáticos, poniendo á su lado gente de su clase, y hasta un charlatan por confesor.

Los Daneses y Noruegos le aceptaron por rey, pero poniéndole nuevas restricciones, y entre ellas la de ceder á los nobles la jurisdicción criminal en los casos en que la pena no excediese de una multa de cuarenta marcos, y no dar paso alguno para asegurar á nadie su sucesión. Estas trabas eran intolerantes para Cristiano, que siempre procuraba humillar á la nobleza y al clero, frenos de la autoridad real, y á la liga anseática tirana de la Escandinavia; manifestando en estos proyectos una capacidad activa, un ingenio penetrante y una firmeza que rayaba en ferocidad.

Tambien la Suecia le reconoció como rey; pero como Stenon Sture II, administrador del reino, tardaba en restituirle el trono, Cristiano marchó á aquel país con un ejército. Derrotado luego, recurrió á Leon X, quien habiendo intimado inútilmente á Stenon Sture que cediese el reino, excomulgó á la nación; pero produjo mayor efecto un gran ejército, con el que Cristiano llevó una cruda guerra, secundada por las sectas que habian renacido, y que favorecieron á los Daneses. Gustavo Troll, arzobispo de Upsal, hijo del competidor de Stenon Sture II, rehusó el juramento á los Estados Generales, y lo depusieron violentamente. Cristiano prometió ir á Estokolmo para tratar con el administrador, á fin de que se le diese un salvoconducto y rehenes; pero apenas tuvo estos, se los llevó á Dina-